

Al otro lado de las estrellas

Colección Abierta

Director: **Enrique Andrés Ruiz**

Emilio Trigueros

Al otro lado de las estrellas



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Al otro lado de las estrellas
Emilio Trigueros

Primera edición: septiembre de 2018

© Emilio Trigueros
© de la cubierta, Federico Granell

© de la edición, Editorial La Umbría y la Solana, 2018
c/ Pez Austral, 11
28007 Madrid
info@laumbriaylasolana.es
www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela
Director de la Colección Abierta: Enrique Andrés Ruiz
Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-948327-2-7
Depósito legal: M-30631-2018

Impresión: Arial Digital
Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Es la hora cero en la vida del hombre $n+1$. Carol, su chica, está alienada con el móvil. Santi, su mejor amigo, está alienado con su pareja, Blanca, que está alienado con las redes sociales. El hombre $n+1$, Rafa para la familia, está alienado con el sistema los días pares y con un *no sé qué* los días impares. El sistema está alienado por la imposibilidad de conjugar poder, belleza, arte, control y beneficio. A nadie le importa demasiado estar alienado, en cualquier caso, ya que nadie se da cuenta de su alienación justo porque así se define ese estado; y al sistema menos que a nadie, fundado como está en que los avispados o faltos de escrúpulos se benefician de las dependencias masivas de los alienados más débiles, inconscientes o, a secas, estúpidos. El hombre $n+1$ apaga el despertador a las ocho de la mañana del día 4 de julio de 2015 y se da la vuelta en la cama de matrimonio sin ella.

Es el día en que comienzan las vacaciones y, sin embargo, los malos presagios crujen en el aire igual que los muelles del colchón. Apenas entra una brisa tibia por la ventana de la habitación desde el asfalto, tras una noche de calor asfixiante. Es la hora cero: los escombros que ha dejado en la mente una carrera profesional medida de forma definitiva mediante la diferen-

cia entre los términos *socio* o solo *asociado*; las limitaciones de movimiento de una rutina devorada por el trabajo, los compromisos familiares, las cosas que siempre hay que hacer en una casa con niños; las barricadas permanentes de una relación de pareja en fase terminal o quizás solo demasiado dañada, sea de forma irreversible o no, a causa de todo lo anterior. Y la obligación de sonreír porque ya no hay guerra en Europa, se tiene un buen sueldo y puede pagarse la hipoteca de una casa con jardín comunitario. Todo pesa en exceso, desde la mala noche hasta los tiempos difíciles que están durando tanto, como para que el hombre n+1 logre levantarse de la cama a la primera. De todas maneras, aún son poco más de las ocho y la furgoneta que les lleva al aeropuerto no llegará hasta el mediodía.

Ella lleva despierta desde las siete de la mañana. Poner la alarma a las ocho, con cuatro horas por delante para hacer las maletas y dejar la casa en orden, parecía más que de sobra: «parecía». Pues no. A la hora en que el hombre n+1 se despereza en el colchón, encadenado por las sirenas de la oscuridad, incapaz de reunir las fuerzas necesarias para la sucesión de actos ineludibles, plagados de pequeños acuerdos y discusiones, que supondrá la mañana de preparativos, ella ya se ha dado una ducha, ha desayunado, ha escrito varias listas en octavillas de papel recortadas a mano, ha dejado las plantas con una reserva de agua en el fregadero, ha recogido cachivaches diseminados por los rincones del salón y ha preparado los neceseres de viaje en los dos cuartos de baño para ella y los niños; quién sabe qué más habrá hecho, mientras todos dormían. El hombre

n+1 la escucha pasar por el pasillo hacia el salón. Quién puede desear poner los pies sobre el suelo y dar comienzo a una mañana de nervios, despistes, olvidos, carencias súbitas, idas y venidas y esfuerzos sin tino. El hombre n+1 es reflexivo, calmado por lo común, apocado si llega el caso con tal de que procure salidas poco traumáticas a un enfrentamiento. El hombre n+1 ignora qué puede pasar, ni hasta qué extremo llegará la tensión, ni cuándo; pero tiene que intuir la certeza de que planea sobre él la furia de Venus. Y la teme.

Desayuna solo, entre comentarios sueltos de ella sobre qué hay que llevar o qué falta. Las deportivas del pequeño están para tirar y no le ha dado tiempo de ir a por unas. Él puede salir por la mañana a comprar unas en el economato del barrio, un establecimiento superviviente de otras épocas que mantiene una tradición vetusta en el vecindario, muy recomendado para la adquisición de ropa interior de marca. Ella también necesitaría unas deportivas nuevas, por cierto. ¿Podría mirar? Claro. Friega el desayuno. No hay mensajes en el móvil. Son las ocho y treinta siete. Hace la cama, saca parte de la ropa que se llevará, baja al trastero a por maletas. Hay que ir despertando a los niños. Les pone los cuencos de cereales. Tocaba tostadas. A los niños se les ve soñolientos, aún no muestran la emoción de un día de viaje; quizás noten cierta preocupación soterrada de los padres, una evidente falta de alegría. Los niños notan todo: luego unas veces se creen las explicaciones de los mayores y otras no, pero casi nunca se engañan a sí mismos con lo que creen. En cambio, a algunos mayores se les embota la sensibili-

dad y van, bueno, así, tirando a medias, con medias explicaciones, medio engañándose, o eso.

El hombre n+1 sale de casa empujando el carrito con el pequeño; va llamando a sus otros dos hijos, que avanzan en patinete más rápido, para que esperen antes de cruzar la calle. Encima de la capota del carrito lleva una bolsa con una deportiva gastada de niño, de color blanco, fabricada en cuero, no de plástico, que ha de servir de ejemplo para abordar el diálogo con el dependiente y mantenerlo dentro de unos límites claros; también hay en la bolsa una zapatilla deportiva de chica, por si queda un treinta y siete del mismo modelo. El economato tiene tres locales en la misma calle y el hombre n+1 va preguntando de uno en otro dónde tienen calzado deportivo. Los niños protestan.

A las 11:09 el hombre n+1 y sus tres hijos salen del economato. Han comprado unas zapatillas deportivas para el pequeño; aunque no son de cuero, las ha encontrado chulas y ha considerado que las viejas tan cuarteadas no resistirían todo el viaje. No ha podido comprar las deportivas de ella, porque el modelo se había agotado el día anterior. Lo que sí ha cogido es unas deportivas para él mismo, que lleva estrenándolas. A mitad de camino a casa, da media vuelta. Se ha olvidado de buscar calcetines para el pequeño. Vuelve a tocarle ir preguntando a varias dependientas dónde se venden; un interrogatorio final a lapsos a una dependiente elusiva le conduce al fin a los escasos pares de la talla adecuada. Poca elección: rombos, bandas, colores granate o celeste en combinaciones setenteras. Elige y mira el reloj.

Apresura el ritmo empujando el carrito de vuelta a casa, a pesar de que los niños se siguen desviando a cada paso con sus patinetes, corren a una plaza o por la calle hacia delante y de vuelta, flotan ajenos en su levedad sin segundos, cazadores de diversión aquí y allá, picándose en carreras. Llegan con el tiempo justo para que él haga su propio equipaje: muchas camisetas, un par de pantalones cortos y uno largo, una sudadera, las cosas comunes, un cuaderno. Ella ha dejado listas en el salón las demás maletas.

En la furgoneta que les lleva al aeropuerto suena una canción de U2 y luego una de The Cure. Ella les cuenta a los niños que es *Boys don't cry* y hablamos todos de qué significa, por qué se supone que los chicos no deben llorar y para las chicas da igual. La furgoneta, con el aire acondicionado a tope, zumba por la M-30 sorteando por los carriles algún coche lento. Edificios residenciales, descampados, torres de alta tensión, vallas publicitarias. El pequeño se queda dormido en brazos y lo bajan con cuidado para que siga durmiendo en el carrito al llegar al aeropuerto.

Al facturar los niños depositan con toda su ilusión las maletas sobre la cinta transportadora; la azafata les deja pulsar el botón que abre la persianilla tras la que se pierden de vista. Buscan sin suerte en la tienda-librería del aeropuerto una guía de Holanda, porque con las prisas de los últimos días no encontraron el momento de hacerse con una en Madrid; además, ella se acaba de dar cuenta de que ha olvidado, en la mesilla de noche, la guía de bolsillo de *Ámsterdam* que *los Reyes* le regalaron hace dos años, como invitándoles a

hacer este viaje, a desearlo. Pasan el control de seguridad con el pequeño todavía dormido.

Es la hora de comer. Mientras ellos dos encargan la comida en una franquicia de tapas españolas, los niños juegan al lado en unos columpios: se asoman por las ventanas de una casita de juguete, miran burlones cuando se les pregunta qué quieren.

Las cosas van mal. Intentan ponerse de acuerdo en qué es lo menos no saludable de la carta que no resulta completamente imposible que los niños se acaben. Luego van mucho peor. El horno se ha estropeado y la franquicia cancela todos los pedidos. Van al local de al lado. Luego aún peor.

Imperceptible, el avión ha empezado a descender. Nos hemos desperdigado por los cinco asientos de la fila. El mayor juega en la tableta, el pequeño merienda en brazos, Luca se asoma por la ventanilla izquierda. Un sol radiante colma la tarde. Allá abajo, se divisan las siluetas que dibujan los brazos de los ríos, cercanos a su desembocadura: como ramas de árboles o venas en el dorso de las manos. Las aguas del Escalda, proveniente de Amberes y el corazón de Bélgica, y del río Mosa, que cruza Holanda desde Maastricht hacia el norte y después vira hacia el sudeste, se mezclan en un laberinto de meandros y canales, sin fin a la vista, por la llanura fluvial irisada y verde.

El sol deslumbra y nos ponemos la mano de visera para mirar. El sonido del motor silba una nota fija, re-

cordatorio de que el avión está surcando la atmósfera en su estabilidad perfecta. Luca observa boquiabierto por la ventanilla. Señalamos las islas artificiales, ganadas al mar, reconocibles por la composición de curvas geométricas de su perímetro de arena clara. Desteñen pálidos los tirantes de acero convergentes de un puente kilométrico, sobre el que camiones y coches parecen ralentizados.

—¿Ves los barcos allí?

Luca asiente. Los ojos negros redondos, una sola pincelada el perfil de la nariz y la boca, la atención entera en su alrededor.

Pasamos los tanques de almacenamiento de una refinería —esferas, anchos techos circulares, bandejas de tuberías—. Islas y puentes se suceden sobre las dos dimensiones perfectas del terreno, sin un accidente en el relieve, que rasga la verticalidad de algunas chimeneas que humean, y la antorcha de la refinería. En las bocas más anchas de los ríos sobresalen los pantalanes para barcos mercantes y remolcadores perezosos, y las grúas de carga levantan sus brazos mecánicos, del tamaño de un juguete desde el aire.

No sabemos nada del país. Laten ante nuestros ojos algo así como el carácter industrial de un continente entero, siglos de historia de ciudades de una tradición fabril que evolucionó del comercio textil medieval a las plantas de acero del siglo xx, a los flujos del comercio mundial de hoy, contenedores con máquinas que parten para Asia, los productos al por menor que vienen de vuelta, en cientos de cargueros que recorren el globo... Late la calma de la tarde.